



Las masas son estúpidas ¡Ni duda cabe!

Ciudadanía, 30/08/2018



Esta mañana leí, con gran sobresalto y alarma, una nota del periódico El Universal on line en la cual se informa que habitantes del pueblo de Acatlán, Puebla, quemaron vivos a dos campesinos presuntos roba

chicos. Y digo presuntos porque, hasta la fecha, ninguna autoridad judicial lo declaró culpable de ese deleznable delito pero una turba enardecida, y azuzada, a saber por quién o quienes y con qué objetivo, decidió que sí eran culpables y que merecían un, más que severo, descarnado e inhumano, castigo aleccionador.

Actos como ese, los mal llamados “justicieros” en los autobuses foráneos y transporte público de la Ciudad de México, pueden parecer, al primer “entender” de cualquier idiota, como “actos de justicia que reparan un daño y le proporcionan justicia la sociedad en su conjunto pero no hay nada más opuesto a ese supuesto propósito que “pensar” y actuar así. Resulta que, en primerísimo lugar, las turbas son irreflexivas, simple y sencillamente se dejan guiar por los impulsos que uno o varios lidercillos alientan. Al calor de los gritos, premisas falsas y prefabricadas, se dejan llevar cometiendo verdaderas atrocidades de lesa humanidad.

No podemos, ni debemos, dejar a un lado la base sobre la cuál suelen apoyarse quienes apoyan y realizan tales conductas

que es la ausencia total de un sistema policial, jurídico, y judicial. Tal fenómeno dista mucho de ser nuevo ni exclusivo de México, de otra forma no podríamos comprender a “justicieros” como Batman y Robin, Superman, El Hombre Araña, Los Cuatro Fantásticos y una docena más como esos. Parten de un deseo insatisfecho desde la más tierna infancia, de hacer justicia, incluso por encima del sistema especialmente creado para ello, que tantas veces ha fallado en forma reiterada e impune. Si bien el buen doctor Freud nos dice que el ser humano en forma individual puede actuar de forma inteligente mientras en grandes masas puede comportarse de manera absolutamente irracional y, añadiría yo, estúpidamente violenta, ese sentimiento de insatisfacción y aún de frustración que subyace en millones de personas en lo individual con frecuencia se convierte en un caldo de cultivo idóneo para llegar a cometer verdaderos actos de barbarie al cobijo del anonimato, la impunidad y el escudo de haber consumado lo que estiman “un acto de justicia”.

Si a eso agregamos una carencia, casi generalizada, de instrucción académica, el hábito de la lectura, la falta de una espiritualidad (que no necesariamente religiosidad) genuina, y también, porqué no decirlo, de la costumbre de auto cuestionarse antes de abrir la boca para expresar algo y más aún, para actuar. Este peligroso cocktail nos amenaza constantemente y suele cobrar víctimas mortales, o cuando menos gravemente heridas a cada rato.

Recuerdo que hace ya muchos años, mi ahora finada señora madre, circulaba por la Avenida de los Maestros para cruzar la Avenida San Cosme en un Renault compacto cuando un imprudente ciclista que circulaba por la banqueteta, en sentido contrario y en medio de los puestos semifijos instalados sobre las banquetas de la Avenida San Cosme, de la Ciudad de México, tuvo a bien salir como bólico, sin hacer alto alguno ni fijarse por donde circulaba, con los audífonos puestos a todo volumen y se estampó contra una salpicadera del mencionado cochecito convirtiéndola en chicharrón, voló por encima del cofre con idénticos resultados y estrellando el parabrisas, la bicicleta quedó hecha añicos y los comerciantes ambulantes que se encontraban en las cercanías por lo que, si siquiera saber, ni haber visto lo que había sucedido se lanzaron sobre el coche de mi mamá pateándolo, gritándole a ella cuanto impropio se sabían, y mire que no eran pocos, escupiéndole a la cara, a través del cristal del conductor cuanta amenaza pudieron y aterrándola igual que a mi sobrinita que aún no cumplía los cuatro años de edad y viajaba en el asiento posterior. Afortunadamente, en una de esas, el maltrecho ciclista se levantó y alcanzó a gritarles antes de volverse a desmayar: “dejen a la señora en paz, la culpa fue mía, yo me estampé contra su coche, no fe ella, fui yo”. De no haber sido así, y de no haber tenido ese joven la entereza moral de reconocer su imprudencia, el asunto pudo haber terminado muy mal, quizá en una tragedia. Todo a causa de un ciclista irresponsable e imprudente y una turba que no vio ni oyó nada, pero que estaba presta a “hacer justicia por propia mano” sin reparar, ni por asomo, en las consecuencias de sus estúpidos y violentos actos. ¿Cuántas situaciones similares se producirán a diario, ya no digamos en esta ciudad capital y el país entero, sino en todo el mundo? ¡A saber! Mas lo cierto es que muchas injusticias se han cometido y se seguirán cometiendo por esa infame forma de sobre reaccionar. Es por eso que confirmo: Las masas son estúpidas, mas también remato diciendo que con bastante frecuencia la estupidez resulta ser mucho más peligrosa que la maldad.